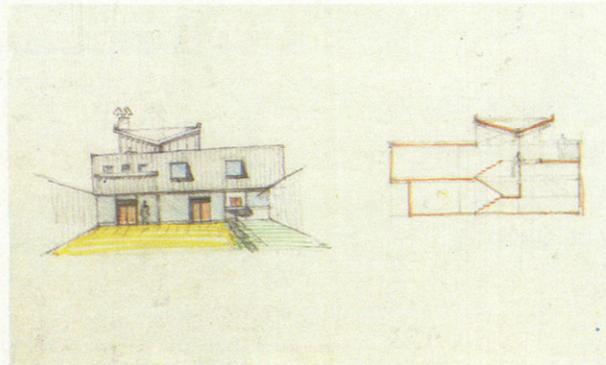
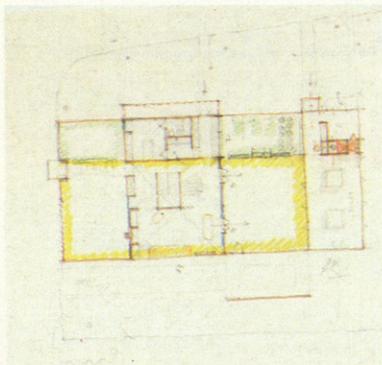
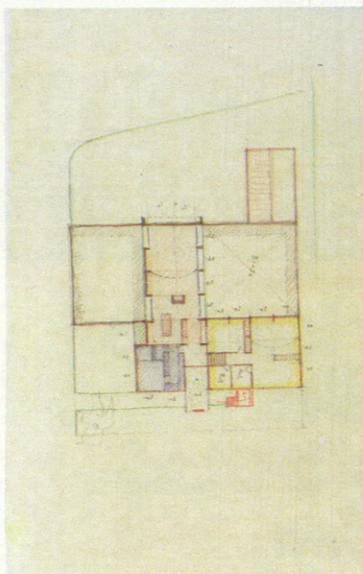
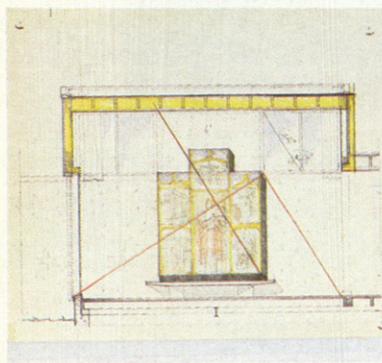
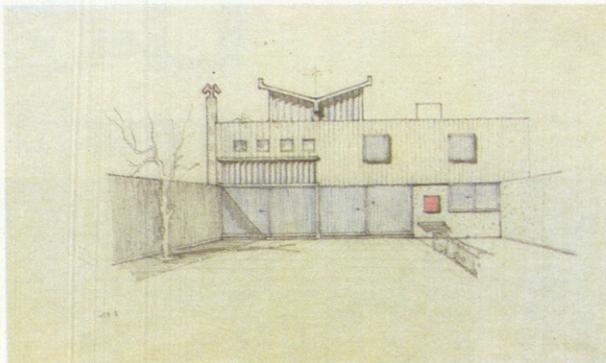
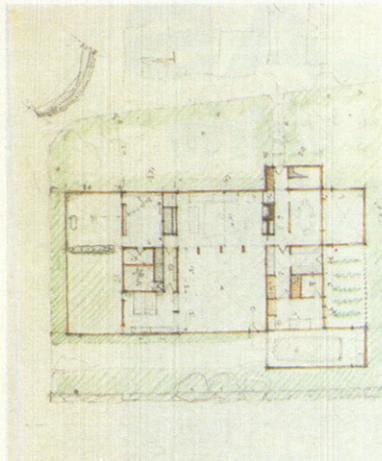


In Memoriam

La casa de Josep Lluís Sert en Harvard



Sería vano el intento de glorificar o descubrir aquí ocultas facetas de la ingente obra y personalidad de Josep Lluís Sert, y menos aún en unas brevísimas palabras destinadas sencillamente al recuerdo y no al recuento de su densa trayectoria humana, artística y cultural. Otras plumas y doctores más preparados para ello lo harán mucho mejor. Además, el recuento sería inacabable: edificación, urbanismo, enseñanza, divulgación teórica y organización del movimiento moderno, que él se obstinaba en no llamar así, sino contemporáneo... y siempre obteniendo resultados de primera línea en todos esos frentes, alcanzados tras laboriosa y tenaz, muy tenaz, inteligente y discreta tarea preparatoria.

Fue Sert quien dijo en 1953: "En nuestra búsqueda de lo sensacional y lo nuevo, hemos llevado demasiado lejos la estética de la máquina. Hemos olvidado que el hombre debe ser nuestra preocupación principal. No intentemos ser genios; conformémonos con ser buenos arquitectos y urbanistas. Esta es una tarea muy importante y difícil". Aquella estética de la máquina hoy serían otras, pero el vicio vanguardista nos arrastra hacia una misma búsqueda espiral de lo sensacional y lo nuevo. Y no es simple coincidencia que en esto de los genios, la genialidad o el sensacionalismo, su palabra coincidiera con la de otro gran exiliado interior, J. Antonio Coderch, del que le separaban cada día menos cosas realmente importantes.

De las grandes personalidades recordamos el vigor de sus obras, o el talante personal, como modelos de imitación o de auténtico respeto, sobre todo si tuvimos contacto directo con ellos. Sólo así nos sentimos reconfortados, pues secretamente nos intro-

ducimos en estas sus virtudes y obras, y nos apropiamos de ellas. Esto es bueno, pues así es como mejor se transmite y pervive la cultura, hombre a hombre, obra a obra, y así mil veces, en cada generación, desde que hay buena o mala memoria.

Pero nuestro recuerdo debe también tomar buena nota de los olvidos de esta memoria. Por ello, al menos hoy, no queremos olvidar que por aquí no siempre fuimos inocentes y mucho menos "fieles", no ya a la persona de Sert, sino a sus ideas y a la posibilidad de que éstas pudieran sumarse a la larga recuperación de nuestra arquitectura y nuestra cultura urbana modernas, desde que ésta se reinició allá por los primeros 50.

Sert retornó a España, como ciudadano estadounidense, a finales de los 50 cuando aún no había estallado la década cumbre de sus mejores proyectos y obras en EE.UU.; es decir, la década bostoniana de los 60, con los proyectos del Campus de Harvard, Holyoke Center, Worcester, Guelph, etc. Una década y en general toda una etapa americana de Sert, poco o nada estudiada desde España hasta el punto de que textos posteriores al fin de la guerra civil, como su libro "Can our cities survive", que fue la primera edición de los materiales del congreso CIAM de Atenas, son aquí totalmente desconocidos y creo que jamás fueron comentados.

A primeros de los 60, la escuela de Barcelona y la serie de empeños culturales y profesionales que le acompañaban iniciaban sus primeros pasos firmes. Hubo entonces quien propuso que se revocara aquel acuerdo ignominioso de la Junta del Colegio de Arquitectos de Cataluña de 1940, que expulsaba a Sert "en rebeldía" de la corporación profesional y lo inhabilitaba para ejercer en España a perpetuidad. Sin embargo, a pesar de todo aquel florecimiento local, hubo que esperar a finales de los 70, para borrar la supuesta mancha de su "republicanismo" o "catalanismo limitante". Fariseica y piadosa excusa de los mediocres, —a veces prepotentes— de cualquiera sea la ideología política y social, para frenar la presencia y la competencia de profesionales excesivos.

No nos engañemos suponiendo que Sert hubiera vuelto a ese rincón del imperio, de habersele ofrecido un marco legal, cómodo y merecido, para trabajar entre nosotros. Tampoco lo hicieron Gropius, Mies, Mendelson y tantos otros que la Roma moderna y jeffersoniana acogió admirablemente. Pero tampoco nos engañaremos con los llantos de plañidera de quienes lamentaban su alejamiento y poco o nada hicieron efectivamente para sensibilizar a los poderes públicos o institucionales con objeto de atraer a uno de esos "catalanes universales" o ribereños del medi-

terráneo ibérico. A nadie y a todos, dedicamos esta memoria de Sert y su circunstancia ibérica de segunda hora, con el ánimo de no olvidar algo que por vergonzoso, deba ocultarse; es decir, el hecho de que Sert, desde que volvió a frecuentar España, no recibió ninguna propuesta de los poderes públicos, ni antes ni después del cambio de régimen. Sólo los encargos particulares de aquella alta burguesía del tardofranquismo, suficientemente avisada para apreciar mercantilmente la plusvalía cultural del alejado maestro.

¿A qué viene ésto? Pues a recuento de recuerdos, o, en otras palabras, a inquietar nuestra buena conciencia, cuando recordamos o condecoramos a nuestras "patums", como decimos en Cataluña, con el secreto propósito de exortizar así su posible ingenuidad en nuestro huerto privado, el cual por otra parte y por tantas razones costó tanto acotar y proteger de extraños e infieles. Así, pues, yo creo que la partida de Sert, que no fue precisamente una cenicienta en la gran batalla del arte moderno, no deja por ello de ofrecer buena ocasión para un acto de imparcial objetividad y algo de desagravio, ante este hombre de extrema sencillez y entrañable fidelidad a todos los demonios de su tierra; y para, a su memoria, proponernos corregir pasadas torpezas, no repitiéndolas ante todos los Serts que nos

acompañan siempre por todas partes.

Quizás en relación a todo lo dicho, la Generalidad ha acogido favorablemente la propuesta de construir, a través de su Dirección General de Arquitectura, un grupo de viviendas-patio, reproduciendo literalmente la más modesta de sus obras maestras: su propia casa de Cambridge. Creo que hacemos esto, todos, no tanto como homenaje personal, cuanto para recordar permanentemente que esta obra y su idea, tan enraizada por sus trazas, luces y sombras en los paisajes soleados del Mare Nôstrum, se erigió en cambio de una tierra lejana y hasta cierto punto extraña, hacia la cual Sert tuvo que huir en convulsos momentos de nuestra historia; pero también en una tierra de la que no pudo volver, en parte, porque no le quisimos aquí. Sirvan pues estas doce viviendas, que Sert ya concibió agrupadas con destino al profesorado de Harvard, y que finalmente se construirán ahora en un campus universitario catalán, para recuperarle póstumamente, a través de lo que más fielmente le representa: su propia obra y no la cadena de elogios por sus glorias pasadas. Una obra que reedita con los materiales de la modernidad, una buena parte de nuestras mejores tradiciones arquitectónicas.

Emilio Donato

